



LA ESPIRITUALIDAD DE LA LIBERACION COMO ESPIRITUALIDAD POLITICA

Segundo Galilea

En la situación latinoamericana, una espiritualidad encarnada significa una espiritualidad comprometida con el proceso de liberación de las mayorías oprimidas. El P. Galilea desarrolla las implicaciones que esto trae consigo. Este Artículo apareció en Christus, n.499 (1977).

Al preguntarnos sobre las características que debería tener el cristianismo en situaciones que exigen una acción por la justicia y por la liberación, debemos evitar un equívoco. No existen varias "clases" de cristianismo o de espiritualidad. Esencialmente no existe una espiritualidad "liberadora" o "burguesa", o "proletaria"... La espiritualidad queda siempre una: el seguimiento de Cristo bajo la guía de la Iglesia. Seguimiento del Cristo histórico transfigurado por la resurrección. Seguimiento pascual.

El seguimiento de Cristo que nos lleva a participar en su Pascua es la única definición posible de la espiritualidad cristiana. Su norma y referencia no radica en ideologías -sean estas religiosas, sociales o políticas- sino sólo en el Evangelio, raíz del seguimiento pascual. "Fuimos sepultados con Cristo en la muerte, a fin de que al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos así también nosotros vivamos una nueva vida" (Rom. 6,4). Así el cristianismo

mo es una dialéctica pascual, de progresivas muertes y resurrecciones en Cristo, que nos van identificando con El. El conjunto de acontecimientos de nuestra historia personal y de la historia de la humanidad no es otra cosa que nuestra entrada progresiva en este acontecimiento pascual que llevará a cada hombre y la sociedad a integrarse totalmente en el misterio de Cristo resucitado.

En esta perspectiva, para el cristiano la historia y los acontecimientos son un llamado a salir de su egoísmo y a revestirse de Cristo, a fin de vivir para los demás. Y es to también hoy, ante los acontecimientos y desafíos actuales. Es al interior de ellos que debemos seguir a Jesús de Nazaret en su dinamismo pascual. La espiritualidad cristiana es histórica porque en tales o cuales tiempos y lugares se apoya (y pone de relieve) en tales o cuales valores evangélicos, que se en esa situación le inspiran los cambios adecuados del seguimiento de Jesús.

En este sentido se puede hablar de "*espiritualidades*" para ciertos tiempos o para ciertos cristianos. De diversas espiritualidades católicas. Tomemos por ejemplo la naturaleza de las personas. Unos son más sensibles que otros a algunas exigencias y luces del Evangelio. Un Francisco de Asís encontró en la pobreza y humildad de Jesús el impulso para seguir al Señor, cristalizando esa experiencia personal en una cierta espiritualidad. Lo mismo sucede ante ciertas situaciones. Un matrimonio recurrirá a ciertas exigencias o valores evangélicos, en su marcha hacia Dios, que son diferentes a las que inspiran a cristianos célibes. Y en ese caso se puede hablar legítimamente de una "*espiritualidad matrimonial*".

Lo mismo sucede con las situaciones históricas en que se encuentran sumidos los cristianos. Estas representan, en sus diversos períodos, hechos, situaciones, valores, contravalores que el hombre de fe debe captar, interpretar, actuar en consecuencia. Se trata a menudo verdaderamente de "*signos de los tiempos*". Esta llamada a encarnar su fe en la historia creará en él un estilo y una modalidad de vida cristiana propios de ese momento histórico en que él debe seguir a Cristo. Podemos hablar así de "*espiritualidades*" para

tiempos diversos, o de un cristianismo adaptado a tal o cual situación histórica. Así la época de las Cruzadas generó una espiritualidad "*de cruzada*", el descubrimiento de América una cierta espiritualidad misionera, los períodos de hostilidad a la Iglesia una espiritualidad marcadamente eclesiocéntrica.... En estos casos se puede hablar de una espiritualidad católica adaptada a su época.

Esto no son "*modas*", sino algo inherente a la fe cristiana, que es histórica y que se encarna en personas, circunstancias y épocas diversas. Se trata de un Evangelio capaz de asumir toda situación y desafío, creando nuevos acentos en la expresión de la fe. Esto se da en tiempos de estabilidad, de inestabilidad, de paz o de injusticia. Y se da hoy en América Latina, marcada por la injusticia y el conflicto social, dentro de un horizonte donde la Iglesia anuncia y trabaja por la liberación de estos pueblos. Por eso podemos hablar de una espiritualidad de liberación.

¿Liberación? ¿Política?

Sabemos que la idea de liberación puede ser ambigua y mal interpretada. Que es susceptible de una fuerte interpretación ideológica. Y que esta interpretación lleva a identificar a los cristianos en estas tareas con proyectos o modalidades políticas precisas, en su búsqueda por una sociedad más justa. Estas acepciones limitan el sentido de una espiritualidad de la liberación.

Para nuestro objetivo, debemos entender por liberación el esfuerzo por la abolición de la actual situación de injusticia, y por la construcción de una sociedad distinta, más libre y más humana, donde los oprimidos sean agentes de su propio destino. Este esfuerzo - eminentemente cristiano - permite muchas opciones y modalidades: tareas educativas (la educación para la justicia), de promoción cultural y de niveles de vida y de conciencia; actividades sociales y políticas. Constituye también una dimensión irrenunciable de la evangelización. (Documentos de la Conf. de Medellín, Pablo VI en "Ev.Nun". c.III, etc).

En nuestra situación social, donde la acción del Poder (es decir, lo político) es tan determinante en la marcha y eventuales cambios socioeconómicos y culturales, la dimensión política de la liberación adquiere particular importancia. Los cambios hacia la justicia dependen mucho de decisiones políticas, y es por eso que muchos católicos han comprendido que la eficacia de su acción por la liberación no puede desentenderse de una acción política. De una diversidad de modalidades y opciones, pero concebida básicamente como una acción para ayudar a los marginados a participar de las decisiones del poder y de la marcha social, y una acción por hacer que los poderes se orienten hacia el servicio real de los más débiles y hacia una estructuración económica social más justa y libre. Comprendemos así cómo el servicio del pobre, de la libertad y de la justicia, propios de la acción del cristiano, e inherentes a su espiritualidad, tengan una dimensión política (o sean "políticas", como también se suele decir).

Desde el ángulo de la fe, la liberación como la hemos entendido no es sólo una cuestión de eficacia temporal. Es también un problema de espiritualidad. Junto con una teología, necesitamos también una espiritualidad de la liberación. El compromiso liberador, y dentro de él la importante acción sociopolítica, como toda actividad del creyente, está llamado a ser no sólo una ocasión de practicar las exigencias de la fe y de aplicar los postulados de la caridad, sino que tiene que ser un camino de seguimiento de Cristo, de crecimiento en la vida pascual y en la experiencia de Dios.

Si la política para el cristiano es la causa del pobre y la liberación del oprimido, es coherente con una modalidad válida de imitación de Jesús y de participación en su misión.

El mensaje cristiano contiene valores para dar un sentido de fe a las tareas por la justicia y por lo cambios (liberación). Se trata de preguntarle al Evangelio cuál es el sentido para Dios del cambio, del conflicto, de la justicia, de la reconciliación, que marcan estas tareas. El Evangelio, como fuente de espiritualidad, no da métodos ni programas de acción. Nos da en cambio el significado que

esto tiene en el plan de Dios salvador, ayudándonos a través de todo eso a salir del egoísmo para hacernos servidores de la verdad y la justicia. El Evangelio nos suministra dos dimensiones esenciales para comprender plenamente las transformaciones y aspiraciones actuales y para legitimar el compromiso liberador del creyente: resurrección y esperanza (liberación), y fraternidad (reconciliación).

Tener una espiritualidad de la liberación significa actuar siempre bajo la exigencia de que la meta final es la fraternidad, la justicia y la reconciliación, y empeñarse en crear actitudes y valores que permita que ello sea realmente posible. Significa crear un dinamismo en el cual la muerte (los conflictos, la frustración, el fracaso) adquieren sentido en relación a una nueva vida, a un nuevo hombre, y a una nueva sociedad. A una resurrección liberadora y creadora de fraternidad. Esta liberación debe llenar todas las dimensiones del hombre y de la sociedad, y alcanzar a ambos (no ser sólo personal o sólo social). Significa hacer que este dinamismo sea reconciliador. La actitud espiritual del cristiano comprometido en la liberación, aun en los estadios de conflictividad política, es la de empeñarse en que estos desemboquen en la reconciliación. Esta reconciliación fraternal (a lo menos como compromiso utópico), será la prueba de que la liberación fue eficaz. De que el cambio socio político lleva realmente a más vida y libertad.

Me propongo seguidamente señalar algunos temas cristianos que me parece que hoy están llamados a crear, en los cristianos entregados a la acción por la justicia, una espiritualidad coherente con su compromiso liberador, con sus dimensiones políticas, y con su llamada al seguimiento de Cristo.

Valores evangélicos de esta espiritualidad.

1. La convicción de que los procesos políticos, sociales, por los que atraviesan nuestros países, forman parte de la realización del plan de Dios como Promesa.

La Promesa es tema fundamental en los dos Testamentos:

toda la revelación de Dios es una promesa de liberación total y de algo mejor. Esta promesa se va realizando progresivamente en la historia, (aun preñada de mal y de pecado), y alcanzará su cumplimiento definitivo en la parusía. Ningún momento histórico agota la Promesa. El creyente, por lo tanto, está siempre abierto al porvenir, y la historia para él es un llamado a avanzar de horizonte en horizonte, y de provisorio en provisorio, hacia este porvenir siempre nuevo. Su fe por un lado relativiza los cambios políticos, pero por otro lado los valora en toda su significación, como encarnaciones parciales pero auténticas de la Promesa en marcha. Esta actitud espiritual es crítica de toda situación sociopolítica que pretenda "idealizarse": radicalmente el cristiano es un insatisfecho político, fermento de cambio en una sociedad que se auto-idealiza (Mt. 5,3-12, y el sermón del monte ...)

2. La Promesa nos mantiene en tensión de cambio porque esperamos el advenimiento definitivo del Reino de Dios. Este Reino, que se anticipa en las liberaciones históricas y políticas, es manifestación del poder de Dios que se expresa por la victoria de lo nuevo sobre lo antiguo. De la resurrección sobre la muerte. De la sociedad justa sobre la sociedad injusta. La participación en el Reino de Dios, a que nos invita el seguimiento de Cristo, es también participar en las tareas temporales (también políticas), que lo van anticipando en la historia.

3. Esta espiritualidad "*política*" se expresa también en la Esperanza, que es la escatología de toda acción social. La Esperanza cristiana consiste en creer que lo que actualmente parece difícil o imposible -la liberación total de los oprimidos, la fraternidad reconciliada- será más tarde posible por la fuerza de Dios. (Heb. 1,11ss.; 2 Cor. 4,18: "*Nosotros no aspiramos a estas cosas que se ven, sino a las que no se ven...*").

Esto da a las tareas temporales del cristiano un impulso y un optimismo incansables, ya que la esperanza es una savia que no sólo se nutre de los métodos humanos, sino sobre todo del poder de Cristo.

Esperar es también recoger las señales de los cambios que vienen, disponiéndose positivamente para ellos, y reorientando la existencia en vista de los mismos. La esperanza da al cristiano la certeza de que su trabajo social, político, en vista de la liberación y de la fraternidad, lleva a una meta realizable y no a una pura utopía. Da la capacidad espiritual de superar las frustraciones, los fracasos y los retrocesos, irradiando a los demás el dinamismo de su Esperanza, (Rom. 5,4ss: "*La esperanza no decepciona...*").

4. Vivir una espiritualidad de la liberación es vivir la exigencia de incorporarse a la muerte y resurrección de Jesús en las transformaciones de su sociedad. Ver aun en las destrucciones y desgarramientos del mundo social, una experiencia pascual: pasar a una situación mejor a través de la "*muerte*".

En el fondo es redescubrir la Pascua desde un ángulo secular: el camino espiritual de la muerte y la resurrección no es algo sólo ascético o personal, sino que también cristaliza en los cambios sociales y en las experiencias de acción liberadora de los cristianos. Espiritualidad de la liberación como espiritualidad política quiere decir descubrir a Dios en una nueva forma, y su "*Paso*" y presencia entre los hombres en los cambios no sólo interiores, sino también sociales: los hechos temporales, políticos, son también una experiencia del "*Paso*" de Dios presente a su pueblo.

5. El tema de la conversión es esencial en todo camino cristiano. La espiritualidad de la liberación nos recuerda que esta conversión no es una actitud interna solamente, un cambio del corazón. Es un llamado a la conversión de la sociedad. La conversión según el Evangelio implica la "*justicia*" (santidad en sentido bíblico), y esta justicia alcanza también las estructuras injustas políticas y sociales, donde también cristaliza el pecado. El cristianismo es un llamado permanente no sólo a una conversión personal, sino también a una acción sobre la sociedad, para hacerla mejor.

6. La libertad cristiana es fruto del mensaje de Jesús y de la efusión del Espíritu sobre los creyentes. Es el contenido que verifica toda verdadera liberación histórica.

La libertad como espiritualidad es la liberación de las servidumbres internas y sociales que impiden que la sociedad dé gloria a Dios y que nosotros nos entreguemos al servicio del hermano. La raíz de las servidumbres es el pecado; el sentido espiritual de la libertad es el éxodo del pecado que cristaliza en nosotros y en la sociedad. La transformación de la sociedad por los caminos de la libertad cristiana requiere las mediaciones propias y los instrumentos propios de los cambios sociales: no hay liberación social sin una política de justicia y libertad.

La libertad como mensaje de Jesús a la sociedad tiene una dimensión política. Lo cual lo corrobora la exigencia de la fraternidad, inherente a una espiritualidad de la liberación.

7. La meta del hombre y de las sociedades según el Evangelio es la de crear entre nosotros una verdadera Fraternidad. Jesús moriría *"para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos"* por la división, el odio, la explotación y el pecado. La Fraternidad cristiana es la cara histórica del Reino de Dios que ya comenzó, es el fruto del seguimiento de Cristo, que nos transforma de egoístas en hermanos. Conduce a una comunión de hermanos, donde nadie domina injustamente sobre otro. Supone la convicción de la paternidad común de Dios, de Jesús como hermano universal y eje de toda fraternidad, de María como Madre de los hombres.

Supone la libertad espiritual que nos hace libremente *"siervos de los demás"*, especialmente de los más pobres y oprimidos. La espiritualidad de la liberación es una espiritualidad fraternal y creadora de fraternidad, y esto debe proyectarse en el compromiso de los cristianos.

Pero el ideal de la fraternidad lleva al cristiano a lo político, con sus dimensiones económicas, culturales, etc... Pues transformar una sociedad no-fraterna, dividida e injusta, en una sociedad de hermanos, encuentra serios obstáculos. El obstáculo del Poder. Cuando el poder no es participado, o cuando no sirve a los débiles, o mantiene la injusticia, o se sirve a sí mismo y a minorías de privilegio, cuando es abusivo, este poder refuerza una sociedad anti-fra

ternal. De cara al ideal de la fraternidad el poder no es neutral: o lo construye o lo destruye. Pero las cuestiones en torno al poder es la política; la política es la ciencia y la práctica de los niveles de poder. Esto nos lleva una vez más a la dimensión política de la espiritualidad de la liberación: si la construcción de la fraternidad es su dimensión esencial, llama a los cristianos, según su vocación, a alguna acción en los niveles de poder, para que estos sean "*fraternos*".

Lo mismo habría que decir de la economía. La economía es la ciencia de la riqueza, de su producción y distribución. Y la riqueza es otro gran obstáculo de la fraternidad. Divide y confronta, en vez de unir, según el designio de Dios. El dinero y los bienes de la tierra son para compartir, para que lleguen suficientemente a todos, y este compartir es creador de fraternidad. Cuando esto no sucede, cuando pocos tienen mucho y muchos no tienen casi nada, la riqueza es grave obstáculo para seguir a Cristo en su ideal de la fraternidad. Por eso Jesús es severo al hablar de la riqueza, y del rico, como es también severo en cuestionar el poder. El sabía que sus seguidores encontrarían en la cuestión del poder (política), y de la riqueza (economía), un obstáculo.

Desde entonces, seguir a Jesús es trabajar también por una política y una economía más fraternales.

8. ¿Necesitamos insistir que una espiritualidad de la liberación está centrada en la caridad? La caridad es el alma, la motivación decisiva de la fraternidad, personal y social. Más allá del servicio a los indigentes como personas, (pero sin olvidarlos, ya que estos existen en cualquier forma de sociedad), la caridad social (o "*política*": Pío XII llamó a la política una forma eminente de la caridad) es la manera eficaz como el cristiano trabaja por una sociedad que siga a Cristo. Trabajo por suprimir las causas y las condiciones de la pobreza y de la injusticia. Caridad eficaz que lleva a elegir los medios sociales, culturales, económicos y políticos conducentes a la liberación

de los pobres: la investigación, la programación, la acción social y política, la denuncia, etc. Todo eso forma parte de una espiritualidad y de una caridad históricamente eficaces. Es también la forma como el seguidor de Cristo da la vida por sus hermanos.

9. Dentro de una espiritualidad de la liberación hay que destacar la solidaridad. La caridad hace al cristiano solidario, con una solidaridad situada según el criterio del evangelio y de la realidad en que vive. La solidaridad histórica está marcada en América Latina por el "*partido de los pobres*", por un compartir sus aspiraciones y su causa. Al asumir las tareas históricas de la liberación de los pobres, la solidaridad se hace política. En la espiritualidad cristiana, la política es la causa del Pobre.

Me parece que la espiritualidad de los cristianos comprometidos en esas tareas, requiere integrar estos valores evangélicos mencionados. Como una espiritualidad liberadora que inspira el seguimiento de Cristo en las tareas políticas y sociales. Para iluminar estas tareas y encontrar a Dios en ellas, la espiritualidad liberadora debe tener algo de contemplativa. El futuro nos dirá que todo creyente "liberador" debe tener algo de contemplativo. Contemplativo significa hacer de la experiencia de lo profano y de lo político una experiencia de Dios. Saber ver a Dios en la actividad secular y a menudo "*nocturna*" de los compromisos temporales. Saber encontrar a Jesús como Señor de la Historia en las ambigüedades de las historias actuales.

La espiritualidad de la liberación es para el militante cristiano los ojos nuevos, contemplativos, capaces de contemplar la grandeza de un Dios que es más grande que todas las liberaciones temporales, y en cuyas manos vivimos entregados totalmente.